

## VALORES EMERGENTES EN UNA SOCIEDAD SECULARIZADA

Por Teresa García-Noblejas Santa-Olalla  
Secretaria General de Profesionales por la Ética

*Conferencia pronunciada en la XXXVI Semana de Estudios Vicencianos  
Santa Marta de Tormes, 6 de julio de 2011*

Buenos días a todos. Muchas gracias por invitarme a estas importantes jornadas de la familia vicenciana. Doblemente agradecida porque es una ocasión privilegiada para acudir a esta incomparable ciudad de Salamanca y por participar, por razones personales y familiares, de alguna manera del carisma de San Vicente de Paul.

El título que se me ha indicado para esta conferencia es *valores emergentes en una sociedad secularizada*. Como para el enfoque y desarrollo de la misma se me ha dado una gran libertad (¡para que luego digan que no hay libertad en la Iglesia!), me he tomado la libertad, valga la redundancia, de ordenar lo que quiero exponerles en tres grandes bloques:

1. ¿En qué sociedad vivimos? En este punto esbozaremos un panorama de la sociedad española de principios del siglo XXI con especial referencia a sus valores y contravalores.

Se trata de repasar algunos datos sobre los planteamientos éticos de los españoles basados en datos.

2. ¿A qué llamamos valores emergentes? En este segundo bloque el objetivo es plantear si de verdad existen unos valores emergentes o hay determinados grupos que quieren imponer sus valores al resto de la sociedad al modo del pensamiento único.
3. Los cristianos, concretamente los católicos, ¿qué tenemos que aportar al discurso de la sociedad en materia de valores? Finalmente, me gustaría provocar un debate acerca de si desde la identidad cristiana, concretamente católica, se puede y debe hacer aportación al debate social en materia de valores o, por el contrario, el cristiano debe diluirse en medio de la secularización y el pensamiento dominante.

Desarrollemos pues, lo más fielmente posible, este esquema.

## **1. ¿EN QUÉ SOCIEDAD VIVIMOS? ¿CUÁLES SON SUS VALORES?**

Soy consciente de que en estas jornadas han intervenido o lo van a hacer acreditados sociólogos a los que no tengo la menor intención de sustituir o enmendar.

No obstante, considero imprescindible acudir a encuestas y estudios prestigiosos, como los de la Fundación SM, la Universidad de Deusto, la Fundación de Ayuda a la Drogadicción, el Instituto Nacional de Estadística o el Centro de Estudios Sociológicos, para esbozar un panorama sobre algunos valores que orientan la vida de las personas en la sociedad española.

Así, como explica la encuesta *Valores sociales y drogas 2010*<sup>1</sup>, resulta significativo que un 60,2 % de los españoles entre 15 y 64 años valore como bastante admisible que se aplique la eutanasia a todo aquel que lo pida, un 38,2 % sea partidario de aplicar la pena de muerte a personas con delitos muy graves y un 53,2 % considere inadmisible fumar en edificios públicos.

Afortunadamente, tener una aventura fuera del matrimonio (64,3 %) o contratar en peores condiciones a un extranjero por el hecho de serlo (85,9 %) son situaciones que rechazan una mayoría de españoles, al menos en teoría.

En cuanto a lo que resulta importante para nuestros compatriotas, la misma encuesta sitúa en primer lugar la familia y las buenas relaciones familiares, seguido de mantener y cuidar la salud, tener muchos amigos y conocidos y ganar dinero. A la cola de lo que preferimos los españoles se encuentran la preocupación por las cuestiones religiosas/espirituales, el interesarse por temas políticos y el invertir tiempo y dinero en estar guapos.

Los recientes estudios realizados por investigadores de la Universidad de Deusto<sup>2</sup>, por su parte, aseguran que lo que predomina es el individualismo, la escasa participación y la exigencia de que el Estado nos proteja. Los datos indican que para los españoles resultan esenciales los ingresos elevados, la seguridad en el trabajo, las buenas condiciones físicas y materiales y la preocupación por la familia en su conjunto, aunque no tanto por los ancianos, niños, enfermos y discapacitados. Los ciudadanos manifiestan un alto nivel de confianza en los sistemas sociales (Seguridad Social, Sanidad o Educación) y poca confianza por las instituciones que gestionan esos servicios o legislan (Gobierno, partidos políticos...).

---

<sup>1</sup> Investigación realizada por la Fundación de Ayuda a la Drogadicción, Obra Social Caja Madrid y delegación del Plan Nacional sobre Drogas.

<sup>2</sup> IV Encuesta de Valores aplicada a España. Universidad de Deusto, 2010.

Por otra parte, siete de cada diez encuestados creen que no se puede confiar en la mayoría de la gente.

La religión y sobre todo la Iglesia católica han perdido relevancia social en general e incluso para los propios creyentes, cada vez más individualistas en la práctica religiosa. El Centro de Estudios Sociológicos (CIS) nos indica que a finales de 2010 un 71 % de los españoles se declaraba católico mientras el 78 % de los encuestados era partidario de mantener símbolos religiosos en lugares públicos como los colegios. Los españoles que acuden a la iglesia al menos una vez al mes no superan el 27 % aunque según afirma la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de la Conferencia Episcopal, para el curso que acaba de concluir, el 71 % de los estudiantes ha escogido la clase de religión.

En este contexto, llama poderosamente la atención que el fin de semana de su estreno en 2010 la película *La Última Cima*, un documental español que narra la muerte y vida de un sacerdote desconocido para la mayoría de las personas, superara en taquilla a la película estadounidense *Sexo en Nueva York*.

Por otra parte, si acudimos a los fríos datos del Instituto Nacional de Estadística (INE) de 2008, en España se quitan la vida 9 personas al día, tragedia que afecta en mayor proporción a los hombres (78,31 %) que a las mujeres (22,56 %). Hasta tal punto que el número de muertos a causa del suicidio en España supera por primera vez a los muertos por accidente de tráfico. A nivel mundial, la Organización Mundial de la Salud ha asegurado que el número de muertos por suicidio supera ya, en todo el mundo, a los muertos por guerras y homicidios juntos.

Si analizamos la situación de la juventud<sup>3</sup>, siguiendo las investigaciones de la Fundación SM, sabemos que el 81 % de los jóvenes no pertenece a ninguna asociación u organización de ningún tipo. Uno de cada cuatro jóvenes piensa que los políticos no tienen en cuenta sus inquietudes y se muestran pesimistas respecto a un futuro amenazado por lo que consideran los mayores problemas: el paro, la droga, o la falta de vivienda. La familia, como ya hemos visto en otras encuestas, sigue siendo lo más valorado. Curiosamente, los jóvenes prefieren formas de convivencia en las que las relaciones estén formalizadas y un 55,4 % elegiría, llegado el caso, el matrimonio. Aunque algo más de la mitad de los jóvenes españoles (53,5 %) se definen como católicos, lo cierto es que solamente un 7 % acude a la Misa dominical y un heroico 2 % acude a Misa más de una vez a la semana. No obstante, un 30 % de los jóvenes de 18 años creen que existen ciertos espíritus que inciden en su vida, especialmente los de sus antepasados. Un 14 % confía en los horóscopos y un porcentaje algo menor cree en las brujas.

---

<sup>3</sup> Jóvenes españoles 2010. Fundación SM.

En definitiva, ¿qué nos dicen las encuestas y estudios sociológicos acerca de la sociedad española? En primer lugar, me atrevería a afirmar que la fotografía muestra una sociedad individualista y materialista que, en el fondo, sigue aspirando a lo que desde el principio de la historia han anhelado todos los seres humanos: la felicidad, la estabilidad y el deseo de ser amados. Otra cosa es en qué lugar o por qué caminos se busque la felicidad.

Cabe señalar que es evidente que en la configuración de sus valores las personas, sean o no conscientes, manifiestan la propia experiencia, la influencia de la publicidad, la información (incluida la manipulación), lo políticamente correcto y el temor a significarse. En el contexto de una cultura materialista y utilitarista resulta coherente la ausencia de sentido de trascendencia y la absoluta marginación de Dios. Otra cosa es lo que se viva en lo más íntimo del corazón.

## **2 ¿A QUÉ LLAMAMOS VALORES EMERGENTES?**

El profesor Torralba<sup>4</sup> asegura que no es fácil determinar qué valores emergentes tienen las personas en la sociedad en la que vivimos. «No siempre coinciden los valores que decimos que tenemos con los valores que realmente vivimos, es decir con los que realmente alimentan nuestros procesos cotidianos, nuestras palabras y nuestros proyectos».

Hemos visto en el apartado anterior que la familia, las relaciones familiares y en general lo afectivo, lo útil y lo cercano constituyen valores indiscutibles. La preocupación por el débil o por el mundo en general no interesa.

En el orden de los valores preferidos, a continuación de la familia, según Torralba, se encuentra la amistad. La tolerancia, por su parte, es muy apreciada pero es selectiva. Se toleran algunas cosas pero otras no. La violencia contra la mujer, las relaciones entre personas homosexuales o la libertad prácticamente ilimitadas son toleradas e incluso muy apreciadas. Cabría preguntarse qué nivel de tolerancia encuentran en nuestra sociedad los que van a nacer, los discapacitados, ancianos y enfermos, los que tienen síndrome de Down o los pobres que, sencillamente, no producen nada y resultan inútiles para una sociedad que, además, tiene que mantenerlos.

Según el diccionario, *emergente* es lo que destaca o se sale de un medio o ambiente. También es emergente lo que surge a la superficie desde dentro del agua o de cualquier otro líquido.

Antes de hablar de los valores emergentes me gustaría detenerme en el medio ambiente, el agua en el que nos movemos. Quizá podríamos traducirlo por pensamiento dominante o cultural, social y políticamente correcto.

---

<sup>4</sup> Torralba, Francesc, *Valores emergentes*. [www.familiaqueesyqueno.es](http://www.familiaqueesyqueno.es)

Algunos expertos afirman que el fin de las ideologías clásicas que se produjo con la caída del muro de Berlín en 1989 conllevó la aparición de nuevos dogmas, nuevos valores, lo que se ha dado en llamar *un sistema ético posmoderno*.<sup>5</sup>

En los últimos veinticinco años estamos asistiendo a la configuración de una nueva ética mundial, una auténtica revolución cultural que impregna las decisiones políticas, las actuaciones sociales e incluso la conciencia y el comportamiento de las personas.

Así, el pensamiento dominante, el medio ambiente en el que nos movemos, se caracteriza por valores o más bien contravalores como los siguientes:

- **La ausencia de Dios.** Para el pensamiento dominante, esto es un dogma. El que afirma verdades absolutas y muy especialmente el que manifiesta las creencias religiosas refleja una actitud fundamentalista e intolerante, en todo caso es un bicho raro.

Como afirma el catedrático Francisco Contreras, la manera que tienen los medios de comunicación, salvo excepciones, de dar noticias relativas a la Iglesia Católica se asemejan a las manipulaciones características de la propaganda de guerra<sup>6</sup>. Y no son pocas las iniciativas internacionales destinadas a expulsar la religión del espacio público, como el Informe de la Comisión de Derechos Humanos de la UE en 2002, que aseguraba que *los derechos humanos son violados en nombre de las religiones*.

El problema es que los cristianos también nos hemos creído la ausencia de Dios y con demasiada frecuencia nos hemos secularizado y vivimos como si solo existiera el mundo sensible y visible.

- **La creencia de que nada es verdad o mentira, el nihilismo (nada importa).** Como consecuencia, valores como la dignidad de la persona, de hecho, no existen o, al menos, no tienen ninguna importancia. Las personas valen por su utilidad o sus cualidades o por lo que producen.

Peter Singer, un catedrático de ética residente en Estados Unidos, muy renombrado, con varias publicaciones en España, afirma sin ambages que matar a un chimpancé es peor que matar a un ser humano en estado embrionario o a un individuo que, según Singer, debido a una discapacidad intelectual congénita, no es persona ni lo llegará a ser nunca.

El cuestionamiento de la propia naturaleza de la persona afecta a lo femenino y a lo masculino. La ideología de moda, una verdadera revolución silenciosa, es la ideología de

---

<sup>5</sup> Peeters, Margueite A. *La nueva ética mundial: retos para la Iglesia*. Institute for Intercultural Dialogue Dynamics.

<sup>6</sup> Contreras, Francisco J. *Cristianismo, razón pública y «guerra cultural»*. «Persona y Derecho» núm. 62, 2010. Instituto de Derechos Humanos de la Universidad de Navarra.

género. No existe la naturaleza femenina o masculina sino el género. Hombres y mujeres, proclama esta ideología, se distinguen por ciertos rasgos biológicos pero lo demás (su psicología y características emocionales, su papel en la sociedad) son fruto de la educación y la cultura. Además, el género es algo que puede cambiar a lo largo de la vida y en realidad supera los términos *hombre* y *mujer*, que ya se consideran obsoletos, porque hay al menos cinco géneros en función de lo que se llama *orientación sexual*.

- **El amor se traduce por atracción, placer o por deseo inmediato sin más límite que evitar la procreación.** La liberación sexual tan proclamada desde la década de los sesenta ha dado lugar a relaciones esporádicas en las que, paradójicamente, la mujer lleva todas las de perder en relaciones en las que no existe compromiso y por tanto no hay obligaciones mutuas sino ejercicio de derechos que a menudo se traducen en dominación y, lamentablemente, en violencia contra el más débil y desprotegido. Es decir, contra la mujer, contra los niños e incluso contra los ancianos.

Así, la familia, siendo un valor tan apreciado por los españoles (según las encuestas), se ha desestructurado al desmoronarse la misma concepción del matrimonio, durante milenios basado en el compromiso entre un hombre y una mujer. Como es sabido, nuestra legislación concede hoy menos valor al matrimonio que a cualquier otro contrato, laboral o de arrendamiento, una situación que los expertos denominan el imperio de lo efímero. Es lo que se ha llamado relativismo familiar, en el que los términos *padre* y *madre* han sido borrados del Código Civil y todos los «modelos» de familia valen aunque a menudo la familia natural se encuentre bajo sospecha y sea calificada despectivamente como «tradicional», por no decir patriarcal y machista. Sin embargo, nadie se atreve a reconocer que las nuevas familias tienen poco de ideal porque en realidad son consecuencia de fracasos, rupturas o abandonos de familia.

- Al no existir naturaleza humana, **los derechos humanos ya no se sustentan en ella sino que han quedado a merced de la voluntad del legislador:** son los nuevos derechos que prevalecen sobre los incluidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. De ahí que se haya consagrado el aborto como un derecho incuestionable de la mujer, por encima del derecho a la vida del más débil. Igual sucede con el llamado *derecho a la muerte digna*, eufemismo utilizado para promover la eutanasia o el suicidio asistido.

De manera que, estamos en una sociedad secularizada en la que Dios está ausente y las religiones son apartadas pero se imponen estos nuevos dogmas del pensamiento dominante que, lejos de ser neutrales, implican una concepción del mundo y de la vida, una antropología y una ética, conforman la manera de vivir y de pensar de los ciudadanos; a estos se les educa constantemente en la nueva fe secularizada a través de los medios de comunicación, las leyes e incluso asignaturas como Educación para la Ciudadanía y Ciencias para el Mundo Contemporáneo, por no hablar de los planes gubernamentales de educación afectivo-sexual que se introducen de modo transversal en las escuelas, generalmente con el pretexto de educación para la salud, para imponer un modelo único de relaciones entre jóvenes.

### **3. LOS CRISTIANOS, CONCRETAMENTE LOS CATÓLICOS, ¿QUÉ TENEMOS QUE APORTAR AL DISCURSO DE LA SOCIEDAD SECULARIZADA EN MATERIA DE VALORES?**

Creo que los católicos, en este medio ambiente en el que aparentemente se impone un único modo de pensar, tenemos que ser capaces de proponer y, sobre todo, vivir valores emergentes, que se salgan del agua de lo culturalmente correcto y muestren un modo de pensar y una forma de actuar alternativa y atractiva.

En definitiva, hoy como hace 21 siglos, la sociedad necesita ser evangelizada y por tanto humanizada. No se trata de forzar la conversión de nadie ni de volver a la Edad Media (que por cierto, mejoró las condiciones de vida y la cultura de las personas respecto a la Edad Antigua) sino de afirmar sin miedo las consecuencias prácticas de nuestro bautismo. Y dar respuesta a los deseos más profundos de las personas que hoy, como hace veinte siglos, siguen buscando el sentido de sus vidas, la respuesta ante la existencia humana, el sufrimiento y la muerte.

Para ello, en el mar de una sociedad secularizada lo primero que tenemos que hacer emerger es la fe. La fe en un Dios personal, no porque la hayamos abandonado oficialmente sino porque, como ya hemos dicho, no somos ajenos a las tentaciones secularistas y nos acomodamos al pensamiento dominante. Dedicar tiempo a Dios, vivir con intensidad los sacramentos, recuperar la oración, creer y esperar en la vida eterna y convertirnos constantemente, todos los días, es la primera condición para construir lo que el Papa Pablo VI y sus sucesores llamaron la civilización del amor.

Si la sal se vuelve sosa, nos recuerda el Evangelio, ¿quién la salará? Si los católicos no vivimos nuestra fe como un don y no lo testimoniamos en el día a día, los valores emergentes quedarán sumergidos bajo el agua y nadie los verá. D. Fernando Sebastián, arzobispo emérito de Pamplona, ha diagnosticado en varias ocasiones los males que aquejan a la Iglesia española indicando con clarividencia el tratamiento más adecuado. «Un cristiano fervoroso y responsable», afirma, «encuentra siempre mil oportunidades para hacer brillar el evangelio ante las personas con las que convive»<sup>7</sup>.

Por tanto, debemos hacer emerger la existencia de Dios, ser testigos de su presencia actuante en la historia de la humanidad y en nuestra propia historia personal, siendo conscientes de que no estamos en el mundo por azar o como producto de una conjunción planetaria sino como resultado de un acto de amor hacia cada una de las criaturas.

Junto a la vivencia de la fe es imprescindible que expresemos nuestra comunión con la Iglesia, evitando caer en críticas y divisiones internas entre grupos, instituciones y sensibilidades. Desde las legítimas discrepancias y la crítica constructiva, es imprescindible mostrar al mundo que el cuerpo de Cristo que es la Iglesia es uno aunque sus miembros desempeñen diferentes funciones. La credibilidad de nuestro mensaje se esfuma cuando nos dividimos y nos enfrentamos. A los

---

<sup>7</sup> Clausura del Congreso de Apostolado Seglar. 2004.

católicos nos une Cristo y también la pertenencia a la Iglesia, que aunque esté formada por personas llenas de defectos y pecados es nuestra casa común y manifestación de nuestra identidad. Por la comunión en la Iglesia y con la Iglesia nos aseguramos el seguimiento de Cristo y de los apóstoles.

La pertenencia a la Iglesia católica, en estos tiempos en que no está de moda, puede acarrear problemas pero es otro valor que debemos hacer emerger sin miedo. Es el valor de la identidad católica que, contra lo que algunos aseguran, no es excluyente sino incluyente y abre los brazos, como Cristo en la Cruz, a toda la humanidad, también a los no creyentes. Digo esto porque en medio de una sociedad secularizada y en no pocas ocasiones hostil al catolicismo, caemos en la tentación de no mostrarnos católicos para no ofender a los que no lo son. No se trata, naturalmente, de atacar a nadie porque no sea católico sino de reflejar, en la vida, en el pensamiento y en los símbolos, la fe en Jesucristo como algo esencial, como el respirar.

Lejos de molestar a los creyentes de otras religiones, la presencia de símbolos cristianos como el crucifijo o la oración en las escuelas católicas es un signo de fe que los musulmanes e incluso los indiferentes respetan e incluso aprecian. Son símbolos y prácticas que no les obligan a convertirse pero expresan la fe en un Dios que no es el suyo o en el que no creen en absoluto. Si nosotros respetamos y mostramos sin agresividad, con naturalidad, nuestra identidad católica, los demás, salvo casos aislados, la respetarán. Como bien explico Benedicto XVI en su célebre discurso de Ratisbona, no es nuestra religión la que nos separa de las otras religiones sino la increencia y el secularismo que reduce la fe al ámbito de las subculturas.

No sé si alguno de los presentes ha vivido la experiencia de estar en una tienda en un país de mayoría musulmana y, de repente, encontrarte con que el comerciante no te hace caso porque se ha postrado a orar y está totalmente recogido. Sabe que puede perder un cliente pero no renuncia a dedicarle unos minutos a Alá, porque forma parte de su vida. No esconde su identidad y eso es conmovedor.

En este mismo sentido, una anécdota que a mí particularmente me gusta es la que se cuenta (y es real) de Enrique Tierno Galván, primer alcalde socialista del Ayuntamiento de Madrid, agnóstico militante, cuando llegó por primera vez a su despacho y un funcionario municipal le propuso retirar un crucifijo que había en la estancia. Tierno Galván le contesto *déjelo, es un símbolo de paz*.

El tercer valor que creo debemos hacer emerger es **el valor de la persona humana**. Este valor nos hace afirmar la sacralidad de la vida, algo que ya sorprendió a los antiguos romanos cuando descubrieron asombrados que los seguidores del tal Jesús no practicaban el infanticidio, costumbre común en muchas culturas antiguas.

Naturalmente, la afirmación del valor de la persona humana no exclusiva de los cristianos pero al final, parece que los cristianos nos vamos quedando solos en la defensa de la dignidad de la persona independientemente de sus circunstancias. Tanto es así que en debates sobre el aborto o la eutanasia se nos acusa de defender la vida por motivos religiosos. Es el caso de nuestra antigua



ministra de Igualdad, que fue preguntada sobre cuando creía ella que empezaba la vida humana y contestó sin rubor que «ella no entraba en cuestiones de tipo religioso».

El valor de la dignidad de la persona y su consecuencia práctica, que es la afirmación del derecho a la vida independientemente de sus circunstancias, no es un dogma de fe sino una realidad reconocida por la razón y presente en la mayor parte de las culturas y civilizaciones. Que el ser humano es el mismo, dotado de una identidad genética invariable desde la concepción hasta la muerte, lo afirma la ciencia y es válido para creyentes y no creyentes. Y ningún legislador ni gobernante tiene derecho a decretar la muerte de inocentes, sean niños por nacer o ancianos a los quiere otorgar una muerte digna olvidando que la que es digna es la persona, no el hecho de morir.

Como recordaba Benedicto XVI<sup>8</sup>, *la actual **mentalidad eficientista** tiende con frecuencia a marginar a estos hermanos y hermanas nuestras que sufren, casi como si fueran sólo un «peso» y «un problema» para la sociedad. Quien tiene sentido de la dignidad humana sabe que, en cambio, hay que respetarles y sostenerles mientras afrontan serias dificultades ligadas a su estado.*

No olvidemos que el reconocimiento de la dignidad de la persona empieza por el reconocimiento de la propia dignidad. Cuántos pecados dejaríamos de cometer si tuviéramos presente la frase de San León Magno: *Reconoce, cristiano, tu dignidad. Recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro.*

El otro valor que debemos empujar desde el fondo hasta la superficie para que emerja con fuerza es el del amor, concepto tan apreciado como devaluado. Es imprescindible una educación afectiva integral de los niños, adolescentes y jóvenes para enseñarles qué es el amor en todas sus dimensiones y saber distinguirlo, darlo y recibirlo. En medio del bombardeo de una supuesta liberación sexual, los sentimientos y las pasiones se confunden y el amor se devalúa o directamente se arroja al trastero. En una breve alocución a los jóvenes de Londres en su reciente visita a Reino Unido el Papa Benedicto XVI les dijo lo siguiente:

*Pido a cada uno, en primer lugar, que mire en el interior de su propio corazón. Que piense en todo el amor que su corazón es capaz de recibir, y en todo el amor que es capaz de ofrecer. Al fin y al cabo hemos sido creados para amar. (...) Hemos sido creados para conocer al Dios del amor.*

Mostrar a la sociedad secularizada el valor del amor es mostrarle el valor del compromiso, de la fidelidad, de la entrega de sí mismo a otro o a otros con vocación de permanencia e incluso de eternidad. Y esto es válido para el amor entre hombre y mujer, sacralizado en el matrimonio, pero también para otras formas de vivir el amor, como es el caso de los sacerdotes, religiosos y consagrados.

Solo si mostramos al mundo que el amor merece la pena y porque merece la pena se renuncia a otras cosas menores se puede explicar la castidad y el celibato no como renunciaciones sino como

---

<sup>8</sup> Con Cristo «es posible afrontar y superar toda prueba física y espiritual» Benedicto XVI, 17 XI 07.

elección de algo grande, de un amor a una persona para toda la vida o a Dios y a los demás renunciando a otros amores.

El hecho de que los programas de educación afectivo-sexual y la cultura dominante den por hecho que los jóvenes inician sus relaciones sexuales en la adolescencia o la realidad de que un número creciente de personas mantenga relaciones antes del matrimonio evidencia que nuestra propuesta de amor a la sociedad ha sido escasa, cuando no tibia o ingenua. No es hora de lamentarse o de escandalizarse o de restar importancia al hecho sino de mostrar con alegría y ejemplo el por qué vale la pena cultivar el amor entre hombre y mujer y entregarlo, también en su dimensión física y sexual, en el momento adecuado y no antes. O donar ese amor a Dios mediante el servicio a todos los hombres y mujeres.

Por otro lado, sabemos que el amor, con el cristianismo, es también ágape, es decir amor oblativo, preocupación por el otro. *El ejercicio de la caridad*, nos recuerda Benedicto XVI en su primera encíclica «Deus caritas est», *se confirmó como uno de sus ámbitos esenciales, junto con la administración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra: practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio.*

*El amor —caritas— siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo.*

Incluso los fieles laicos, llamados a construir una sociedad más justa promoviendo el bien común, debemos estar animados por la caridad, que impulsará su actividad social y política, vivida como una forma de caridad.

Vivir de otra manera sin salir del mundo pero mirando al Cielo es el reto, en mi opinión, que se nos presenta a los cristianos del siglo XXI. Estamos llamados a sacar a la superficie otro estilo de vida, a comprometernos con el prójimo, a construir el bien común. Sin abandonar nuestra identidad, haciendo presente a Dios con nuestro testimonio personal en el día a día, según la vocación de cada uno.

Hay un texto de finales del siglo II, de autor desconocido, que ha pasado a la historia como *Discurso a Diogneto*, una descripción de cómo vivían los primeros cristianos. Un extracto de este discurso es el siguiente:

*Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su lengua, ni por sus costumbres.*

*Se casan como todos y engendran hijos, pero no abandonan a los nacidos. Ponen mesa común, pero no lecho. Viven en la carne, pero no viven según la carne. Están sobre la tierra, pero su ciudadanía es la del cielo. Se someten a las leyes establecidas, pero con su propia vida superan las leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los desconoce, y con todo se los condena. Son llevados a la muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos. Les falta todo, pero les sobra todo. Son deshonrados, pero se glorían en la misma deshonra. Son calumniados, y en ello son justificados. «Se los insulta, y ellos bendicen». Se los injuria, y ellos dan honor. Hacen el bien, y son castigados como malvados. Ante la pena de muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos les declaran guerra como a extranjeros y los griegos les persiguen, pero los mismos que les odian no pueden decir los motivos de su odio.*

*Para decirlo con brevedad, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y los cristianos lo están por todas las ciudades del mundo. El alma habita ciertamente en el cuerpo, pero no es del cuerpo, y los cristianos habitan también en el mundo, pero no son del mundo.*

Cuando preparaba esta intervención pensaba en los santos. ¿Qué otra cosa hicieron que vivir valores nuevos, emergentes, en su época correspondiente?

Con el lenguaje y la sensibilidad de sus contemporáneos, los santos rompieron los esquemas de lo política y culturalmente correcto de su época. Supieron dar respuestas a las necesidades de las personas, dieron a conocer a Dios con sus gestos, con sus obras, grandes o pequeñas. La familia vicenciana es fruto de la obra de santos y beatos reconocidos que no se amoldaron a las aguas de su siglo sino que emergieron para servir al prójimo. No estuvieron exentos de envidias, problemas y dificultades.

Recordemos a San Vicente de Paul, en medio de un mundo envuelto en guerras y miseria, en un contexto de crisis económica universal, con los pobres y enfermos abandonados y un clero generalmente infiel cuando no directamente corrupto. Que decir de Federico Ozanam, inmerso en un siglo secularizado como el XIX y una ciudad tan anticlerical como París, de la que llegó a escribir que su frialdad «le congelaba la sangre» y su corrupción «le paralizaba el espíritu».

No sé si era esta la conferencia que esperaban. Apelo a la libertad que me han concedido y me acojo a su paciencia. Me quedaría satisfecha si los aquí presentes recordáramos las palabras del beato Juan Pablo II cuando afirmaba que estamos llamados a construir la civilización del amor cuyo programa está inscrito en la Doctrina Social de la Iglesia. O cuando proclamaba que la fuerza del Evangelio hace a los cristianos dueños del mundo.

Ojala seamos capaces de ser testigos de ese Evangelio que alimenta nuestros valores emergentes para transmitir esperanza a esta sociedad secularizada que, sin saberlo, busca a Dios y anhela un amor infinito para toda la eternidad.